LAS NACIONES COMO COMUNIDADES ÉTICAS

ANNA PI I MURUGÓ

David Miller,
Sobre la nacionalidad. Autodeterminación y pluralismo cultural,
Paidós,
Barcelona, 1998.

EN ESTE LIBRO David Miller brinda una serie de reflexiones que, a la postre, se traducen en una valoración globalmente positiva del nacionalismo -cosa no muy frecuente- y discute sobre temas clave de las sociedades actuales.

Sus conclusiones son claras: la identificación con la nación es una forma legítima de entender el lugar del ser humano en el mundo; las naciones son comunidades éticas; y la gente que constituye una comunidad nacional tiene buenas razones para autodeterminarse sin que ello implique necesariamente el surgimiento de un nuevo Estado.

Es este un libro que invita e incita a repensar una de las realidades de nuestro presente, el nacionalismo y sus obvias derivaciones, y que se opone también a las tesis de Francis Fukuyama y sus seguidores.

El autor contempla en este texto la tan tratada cuestión de la fragmentación cultural. La afirmación de que la gente tiene, de forma creciente, identidades múltiples, subnacionales y supranacionales y que el resultado de esto es disminuir la importancia de las identidades nacionales que sobreviven es rebatida por Miller. El presenta también la tendencia contraria que se hace patente en la decadencia de las divisiones sociales del pasado: religión y clase, que claramente siempre han obstaculizado la concreción de una identidad nacional compartida.

Miller afirma que "el horizonte que se dibuja es de sociedades fragmentadas culturalmente en muchas direcciones, pero en las que ninguna de las líneas de fractura es suficientemente profunda como para impedir que la gente combata una identidad nacional que apuntale sus instituciones políticas".

Como ejemplo de ello, el autor argumenta que Europa es "el lugar más prometedor del mundo para el surgimiento de una nueva identidad a nivelsuperior, más allá del Estado-nación y no ha demostrado a pesar de los intentos de los diversos ideólogos crear una auténtica nacionalidad europea". Los propios europeos mantienen una lealtad emocional a su país de origen que únicamente se expresa en una voluntad europea por motivos prácticos, que no son tan efectivos y ni concretos para los propios europeos.

El ejemplo inconcluso de Europa se extiende claramente, según Miller, a otras identidades transnacionales de otros continentes. Por ello constata que "puesto que la UE es actualmente la más fuerte de las organizaciones supranacionales, su fracaso a la hora de

desplazar las lealtades nacionales heredadas tienen cierto significado. Si aún no ha surgido una identidad panárabe o una identidad de Asia oriental -por mencionar las más frecuentemente promocionadas- parece bastante oscuro. En el presente, parece más probable que las identidades nacionales establecidas sean desafiadas desde abajo -por vascos, flamencos, escoceses y otros grupos parecidos en otras partes del mundo- que erosionadas desde arriba, para que la gente empiece a identificarse con grandes identidades heterogéneas como Europa".

También Miller argumenta que la identidad nacional ayuda a situar a la gente en el mundo: "Nos dice quiénes somos, de dónde venimos y qué hemos hecho. Implica, por tanto, una comprensión esencialmente histórica en la cual las generaciones presentes son consideradas coma herederas de una tradición que legarán a su vez a sus descendientes. Por supuesto la historia es reescrita una y otra vez."

El autor basa sus estudios y reflexiones en el fenómeno nacional británico que conoce y sirve de referente a sus consideraciones y análisis. En esta obra la actitud o postura del autor es entodo momento mesurada y si bien no puede argumentarse que celebre el nacionalismo como tal, tampoco lo considera una monstruosidad irracional, como es la propuesta de diversos pensadores del momento.

En la declaración de principios Miller postula que con el libro "se propone explorar y defender lo que llamaré el principio de nacionalidad, un principio que, creo, puede ofrecernos una guía racional cuando como individuos o como ciudadanos, tengamos que responder prácticamente alguna cuestión nacional".

Caben destacar los distintos aspectos que abarca este texto. El capítulo 2, titulado "La identidad nacional", examina con detenimiento qué significa tener una identidad nacional y analiza si tal identidad es algo racionalmente defendible.

El capítulo 3, "La ética de la nacionalidad", analiza la afirmación de que la nacionalidad tiene un significado moral al determinar las obligaciones que tenemos contraídas con las personas dentro y fuera de nuestra propia nación.

En los capítulos 4 y 5, "La autodeterminación nacional" y "Nacionalidad y pluralismo cultural", se explora el significado político de la nacionalidad: en el primero se consideran las cuestiones de autodeterminación, soberanía y secesión, mientras en el quinto se trata el conflicto entre nacionalidad y pluralismo cultural dentro del Estado, y se pregunta qué tipo de políticas hacia las minorías culturales requiere el principio de nacionalidad.

En el capítulo 6 se analiza la idea de que en las democracias occidentales las identidades nacionales están erosionadas, tomando como ejemplo las visicitudes de la nacionalidad británica.

Miller, continuando con la definición de Anderson de que las identidades nacionales son sobre todo imaginadas, y que el contenido de lo imagina- do cambia con el tiempo, no observa problemas en los fenómenos actuales de inmigración. El autor manifiesta una clara oposición tanto a las concepciones del nacionalismo conservador como a las del multiculturalismo radical. Lo que postula Miller es que si bien las identidades nacionales no lo abarcan todo, pueden coexistir pacífica-mente con otros compromisos y lealtades.

La importancia de la escuela en la continuación y el desarrollo de la identidad nacional, como espacio para que las comunidades étnicas migrantes recién llegadas no se sientan excluidas, es uno de los temas clave que apunta Miller. Por ello, dice, "las escuelas deben ser públicas en su carácter, deben ser lugares en los que los miembros de distintos

grupos étnicos estén junto y se les enseñe en común. Junto con ello, se deben implementar "aquellas formas de hacer más hospitalarias las identidades nacionales a las minorías". El recurso es reconocer a los grupos culturales mediante la concesión de derechos especiales dentro del Estado-nación, la ciudadanía multicultural preconizada por Kymlicka.

Miller termina su libro con una opinión que es claramente una propuesta: "Lo que afirmo es que en las sociedades multicultural las identidades de grupo y las nacionalidades han de coexistir, y el desafío es desarrollar formulaciones de am-bas que sean consonantes unas con otras. Esta idea de la nacionalidad es liberal en el sentido de que las libertades y derechos defendidos por los liberales se valoran aquí como medios."